



FUGA DE MADAMA DE LAROCHEJAQUELEIN,

después de la derrota del ejército de la Vendée.

Me parece (habla la heroína) que solo éramos unos diez mil: nos detuvimos en Niort, y descansamos veinticuatro horas. El desorden continuaba entre los pocos vendedanos que quedaban, y llegó á tal estremo, que los oficiales se repartieron la caja del ejército.

Deseábamos dirgirnos á Redon, aunque temiendo comprometernos en la estrecha y larga calzada que conduce á dicho pueblo. Los republicanos no habían preparado en él el menor medio de resistencia; pero lo ignorábamos, y por eso nos encaminamos á Savenay. Emprendimos la marcha por la noche: una lluvia helada traspasaba nuestros cuerpos; nada puede dar idea exacta de nuestra desesperacion y abatimiento. El hambre, el cansancio y el despecho nos habían desfigurado á todos. Para guarecernos del frío, ó en reemplazo de las ropas ya destrozadas, nos habíamos cubierto de harapos, y al mirarnos mutuamente, apenas nos reconocíamos bajo las apariencias de tan profunda miseria.

Yo me había vestido de aldeana, llevaba en la cabeza una capucha de lana color de violeta, é iba envuelta en una manta vieja y en un pedazo de paño azul, cruzado sobre los hombros y el pecho. Tenia puestos tres pares de medias de lana, y unas habuchas verdes, sujetas con cuerdas, abrigaban mis piés. Iba sin guantes: la silla de mi caballo era de un húsar. Mr. Roger-Mouliniere iba con turbante y pelliza, prendas que había cogido en el teatro de la Fleche. El caballero de Beauvillers se había envuelto en un traje de procurador y se adornaba con un gorro de señora sobre otro de lana. Por último Mad. de Armaillé y sus hijos iban cubiertos de guñapos de damasco amarillo.

Mr. de Verteuil había perecido combatiendo, ataviado con dos zagales: se batió un día entero vestido de muger.

Los republicanos seguían de cerca al ejército de la Vendée. Detúveme un instante en una granja con mi madre para pedir de comer;

pero divisamos á los húsares, y tuvimos que reunirnos á escape con los nuestros. Entramos en Savenay, cerramos las puertas, y al punto empezó el fuego. Esto no obstante, trascurrió el día sin que el ataque se formalizase, pues solo se presentó una vanguardia enemiga, que nuestras tropas rechazaron. Creímos desde luego que los republicanos intentaban atacarnos con todas sus fuerzas reunidas, de modo que tuvimos por infalible nuestra pérdida. A las nueve de la noche me hicieron levantar, pues me había echado vestida en una cama, y me colocaron á caballo, sin que yo supiese por qué causa. Iba ya á apearme, pues ignoraba adónde dirigirme, cuando oí la voz de Mr. de Marigny. Le llamé para saber noticias; pero echando mano á la brida de mi caballo sin proferir una palabra, me condujo á un ángulo de la plaza: entonces me dijo:

—Todo se acabó: estamos perdidos sin remedio, pues es imposible que podamos resistir al ataque de mañana: dentro de doce horas quedará exterminado nuestro ejército. Espero morir defendiendo nuestra bandera: huid, salvaos durante la noche. Adios... adios.

Me dejó, dicho esto, sin aguardar mi respuesta, y poco después le oí arengar á los soldados, infundiéndoles valor.

Volví al lado de mi madre, que se hallaba acompañada de mi padre. El abate Jagault la proponía tomar por guía á un hombre de la población que parecia seguro, y que nos ocultaría en casa de unos buenos aldeanos. Entonces referí á mi madre lo que acababa de decirme Mr. de Marigny; consintió en lo que se la aconsejaba, pero mi padre, con la cabeza apoyada en sus manos, apenas podía hablar: por último, convino en que debíamos tomar aquel partido.

—En cuanto á mí, añadió, mi deber me prescribe permanecer con el ejército mientras este exista.

22 DE AGOSTO DE 1832.

Nos confió á los cuidados de Mr. Jagault, encargándole que no nos abandonase, y pidiéndole que le hiciese saber el punto en que nos ocultásemos. Mr. Jagault le ofreció volver al día siguiente á decirselo. Nos disfrazamos de aldeanas bretonas, y abrazamos á mi padre. Nos era imposible hablar, y las lágrimas nos ahogaban. Mi padre me dijo con grave acento:

—Nunca te separes de tu desgraciada madre.

Estas fueron sus últimas palabras.

A media noche partimos con el abate Jagault y la señorita Mamet, doncella de mi madre, que no había querido separarse de nosotros. Todavía poseíamos unos sesenta luises y varios asignados realistas, porque después del paso del Loira, entre Varades é Ingrande, había perdido todos mis diamantes, todas mis alhajas y el dinero que llevaba. Salimos por una puerta pequeña, y tomamos el camino de Guerande. Desde lejos oíamos la fusilería y el galope de los caballos, y á cada momento temíamos vernos detenidos por alguna patrulla. Hicimos sin embargo un cuarto de legua sin el menor tropiezo. Nuestro guía se paraba á cada instante para decirnos:

—Escuchad... escuchad.

Y luego echaba á andar repitiendo:

—Se baten.

Aquel hombre no quería abandonar el camino real. A pesar de nuestras observaciones, quiso hacernos entrar en una casa, y mi madre le dió su reloj para comprometerle á llevarnos mas lejos. Estaba embriagado. Por fin conseguimos que dejase el camino á un lado, y entonces nos condujo atravesando campos, de modo que á cada paso nos encontráramos en fosos llenos de agua. Llevábamos zuecos por la primera vez de nuestra vida y no podíamos andar. Tuvimos que detenernos á tres cuartos de legua de Savenay, pues no teníamos fuerzas para caminar mas, y nuestro guía se caía de embriaguez y de sueño. Entramos pues en la morada de unos aldeanos, y el guía se durmió al punto, diciéndonos que allí estábamos bien. Entonces conocimos que nos habían apartado muy poco del camino real. Nuestros huéspedes, temblando por sí mismos, nos ofrecieron hacernos conducir al castillo de Ecuray, cuyo dueño había emigrado. Un aldeano, encargado de sus tierras, lo habitaba con su familia. Dijéronnos que era hombre honrado: aceptamos, y una joven nos sirvió de guía: la señorita Mamet se quedó en la casa que dejábamos.

A las dos de la mañana llegamos á la puerta del castillo, pero nos hicieron esperar mucho. Mi madre me dijo:

—Voy á morir aquí, si no quieren recibirnos.

Púseme de rodillas y rogué á Dios que no nos negasen la hospitalidad que buscábamos. Por fin nos abrieron.

—Aquí tenéis unos brigantes que se han acogido á nuestra casa, dijo la joven; pero ya sabéis que vivimos muy cerca del camino.

—¡Infelices! exclamaron el aldeano y su muger. Entrad, entrad: todo lo que tenemos está á vuestro servicio.

Hicieron que nos calentásemos; secaron nuestras ropas, que estaban empapadas, y nos dieron de comer: querían que nos acostásemos, pero temíamos que se nos persiguiese.

Aquel hombre benéfico se llamaba Ferret, y estaba loco de contento por haber socorrido en su casa á unos vendeanos. Nos dijo que todo el país ardía en deseos de levantarse, y que muchos jóvenes habían ido armados á Savenay para reunirse al ejército realista. No concebía por qué huíamos nosotros: no nos atrevimos á decirle que todo estaba perdido, pues tuvimos recelo de que esta noticia cambiase sus buenas disposiciones: manifestámonse únicamente que estábamos enfermas.

Al cabo de un rato nos echamos en unas camas y el cansancio cerró nuestros ojos. A las ocho de la mañana nos despertó el estampido del cañón, y al mismo tiempo entró Ferret en el cuarto gritando:

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que sucede? Se oyen cañonazos por el camino de Guerande, y hombres vestidos de diferentes colores huyen despavoridos por los campos.

—¡Salvados en nombre del cielo! le respondimos: nuestro ejército ha sido destruido.

Aquella era en efecto la derrota de los nuestros. No tardaron los azules de caballería en dirigirse hacia el castillo.

—Huid, dijo la muger de Ferret: mi marido va á llevaros á una granja, situada en el bosque: en ella estareis mas seguras que aquí.

Los húsares llamaban ya á la puerta del castillo; salimos por otra escusada, y tres cuartos de hora después llegamos á la granja de Langrée, escondida en el interior de un bosque espeso.

—Os traigo, dijo Ferret á sus moradores, unas infelices mugeres que he salvado.

Allí había varios aldeanos que se lamentaban de nuestra derrota, y que habían cogido ya sus fusiles para unirse á los vendeanos; compadecióse pues de nuestra suerte y nos mostraron mucho realismo y buena voluntad.

Los húsares, sin embargo, se esparcían por todas partes: la mu-

ger del dueño de la granja decidió que con el objeto de prevenir toda sospecha, era indispensable que nos separásemos: en consecuencia envió á Mr. Jagault al trabajo con los labradores: estaba enfermo, y como había caminado mucho descalzo, tenía los piés chorreando sangre. Puso á mi madre á hilar cerca del fuego y en un rincón oscuro, y llevándome á un molino de viento separado de la casa, dijo al mozo encargado de él:

—Renaud, aquí te traigo una hermosa insurgente; guárdamela bien, y si llegan los azules, les dirás que ha venido á moler su grano.

Senteme sobre un saco, y así trascurrieron cuatro horas. A cada instante oía el galope de los caballos, los tiros de fusil y los gritos de ¡Detened á los brigantes! ¡Que mueran todos!

El campo aparecía lleno de fugitivos, á quienes asesinaban sin piedad. Los azules acababan de llamar á la puerta del molino pidiendo de beber ó de comer. Renaud les contestó que nada tenía: habló un rato con este honrado mozo, que me tranquilizó y procuró consolarme, refiriéndome muchas particularidades de nuestro ejército: por último me preguntó quién era yo, y le dije que mi madre era viuda de un mercader de Chatillon. Solo á Ferret habíamos confiado nuestro secreto. Por la noche paró Renaud su molino y me llevó á la granja de Langrée, donde me acosté vestida, con mi madre.

Al día siguiente tuvimos que dispersarnos de nuevo. Mi patrona me presentó por la mañana al alcalde, y á la vuelta encontré dos soldados que iban á todo escape, pero que se detuvieron para hacernos gritar: ¡Viva la república! Al principio temblé; pero no tardé en conocer que eran dos oficiales vendeanos que procuraban salvarse de aquel modo. Después de comer me llevaron á casa del procurador, y su muger dijo que me enviaria á cuidar del rebaño con su hija. Me figuré que iban á confiarme á una niña; pero pronto se me presentó una robusta joven de veinte años, con su garrote, según costumbre de la Bretaña, donde nunca salen de sus casas los hombres ni las mugeres sin aquella arma.

—Vamos, Mariana, ahí tienes la insurgente, le dijo la madre.

—Nada temáis, contestó ella, pues la guardaré bien y moriré antes que abandonarla. Si se presenta uno solo, daré de él buena cuenta con mi palo.

Fuime con la buena Mariana; esta joven nos ha sido desde entonces muy adicta.

Por la noche volví á Langrée, y después de algunos días nos establecimos en casa del padre de Mariana. Mr. Jagault continuaba trabajando con los aldeanos; le llamaban Pedro, á mi madre María, y á mi Juana. Vivíamos en una pequeña aldea, cuyos habitantes eran realistas y muy hospitalarios: las aldeas vecinas participaban de las mismas opiniones políticas; pero á la izquierda del camino real de Guerande los paisanos eran republicanos, y mataron á todos los fugitivos de nuestro ejército que entre ellos buscaron asilo.

Yo estaba abatida por lo mucho que había padecido, y mi madre me cuidaba con la mas esquisita ternura. Su prudencia apartaba de mí los peligros que yo era incapaz de evitar, y su presencia de ánimo me salvó veinte veces la vida. Con objeto de atender mas á mi seguridad y notando que se acercaba la época de mi parto, se valió de una estratagemas. Dos aldeanas de la Vendée se habían casado con dos bretones, y desde entonces nadie se metía con ellas: mi madre escogió á otro, llamado Pedro Riallo, viudo con cinco hijos; pero se necesitaba una fé de bautismo que debía proporcionarme la hermana de Ferret, establecida con su hija al otro lado del Loira. Todo iba á arreglarse satisfactoriamente, y el escribano de la municipalidad estaba en el secreto; los azules debían asistir á la comida de mis bodas; pero se suspendió la ejecución de este proyecto, porque recibimos la noticia de que nos habían denunciado y de que se nos buscaba con ahínco.

Mudamos de domicilio, y nos separamos.

Al cabo de algunos días volví á casa de Gouret. Empezaba á sentir vivos dolores; pero no creía haber cumplido el término de mi embarazo, y no quería que se llamase á la comadre, porque era muy charlatana. Nadie había á mi lado que pudiese auxiliarme; por último, se avivaron tanto mis dolores, que no podía dudarse de mi próximo parto. Mi madre salió á buscar quien me socorriese, y cayó accidentada en el campo. Las dos hijas solteras de Gouret estaban conmigo llorando y sin saber lo que hacer. Yo sufría con ánimo y resignación, pues la vida me era ya insoportable y deseaba morir. Al fin di á luz una niña, y pocos momentos después otra, sin el menor auxilio. Una muger casada que llegó casi al mismo tiempo, enviada sin duda por la Providencia, recogió á las criaturas y me cuidó. La comadre se presentó cuando ya no la necesitábamos.

Yo no había hecho el menor preparativo, pues me parecía que no debía parir tan pronto, de modo que hubo que arropar con harapos á mis niñas: quiso criarlas, pero mi madre se opuso, y una prima de Mariana fué su nodriza. Tres días después las bautizó en mi aposento un sacerdote, y recibieron los nombres de Josefina y Luisa. Hubo cuatro testigos de la ceremonia; se escribieron las dos féas de bautismo

en unos platos de estaño con un clavo, y se enterraron dichos platos. Di gracias infinitas á Dios porque habia permitido que quedase en la tierra una prueba de la familia á que pertenecian mis desventuradas hijas. Pasamos un mes con tranquilidad. La cabaña que habítamos estaba al parecer abandonada, y nunca se presentaban en ella los azules.

Después de muchos dias se notó que Josefina tenia una muñeca dislocada: esto me causó el mayor sentimiento y resolví llevarla, cuando fuese algo mas crecida, á Bareges, aunque tuviese que mendigar. Este proyecto no me parecia irrealizable, pues ni abrigaba la menor esperanza ni idea del porvenir: nada sabia tampoco de lo que ocurría en Francia; me veia proscripta y miserable, y tenia el alma demasiado abatida para creer que mi situacion pudiera cambiarse. Pero Josefina murió muy pronto, y me dieron esta noticia sin prepararme á ella, lo cual me costó una enfermedad. La hija menor de Gouret entró en mi cuarto, y me dijo:

—Vuestra hija del bosque Divet ha muerto.

Me sobrecogí y contesté temblando:

—Es mas dichosa que yo.

Mad. de Larochejaquelein dejó al fin á los buenos aldeanos que la habian dado hospitalidad, para retirarse con su madre al Dereneuf. Allí esperó la amnistia que llegó á concederse á los vendeanos.

PLESSIS-LES-TOURS

EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE III.

1589.

(Continuacion.)

LA GITANA.

Con arreglo á las líneas del rostro y á las de la mano, podemos prever el destino futuro de un hombre, con tanta facilidad, como al ver la flor de un árbol puede decirse el fruto que debe producir.
(WALTER-SCOTT.—*Quintia Durward*.)

Su esbelto talle, su tez bronceada, sus ojos y sus cabellos, negros como el ébano, revelaban bastante su origen para hacer superfluo el examen de su bizarro traje y de la pandereta que sus ágiles dedos hacian resonar. Saludó á los jóvenes con una graciosa reverencia, y adelantándose ligeramente dijo con acento meridional:

—Galan caballero, ¿quiereis que os diga la buenaventura?

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando la vieja Marta se interpuso con una precipitacion inesperada en su edad y exclamó:

—Fuera de aquí, vaticinadora de desgracias; que tu amo Satanás te lleve. ¡Habrás visto la maldita gitana, que quiere predecir la suerte de mi joven señora!...

La gitana hizo un mohín desdenoso, y sin cuidarse de la dueña esperó la respuesta del caballero.

—Vamos, dijo este, un poco de indulgencia, señora Marta. Y tú, sacerdotisa de la gaya ciencia, ¿quieres entonar una cancion de tu pais?

La joven meneó la cabeza, murmurando con espresion profética:

—El hombre siempre se muestra sordo á las advertencias del cielo.

—A té mia, contestó Renato riéndose, que quisiera saber lo que tú puedes tener de comun con las divinidades celestes. Hé ahí mi mano.

—No, no, repuso Marta queriendo impedirlo.

—¿Qué temeis, amiga mia? Vamos, gitanilla, cumple con tu deber. La gitana cogió su mano, pareció que examinaba con cuidado todas las líneas, y por último se retiró hacia atrás repentinamente, lanzando al caballero una mirada llena de terror, y murmurando algunas palabras ininteligibles.

—¡Hola! exclamó Renato algo conmovido, ¿has perdido tan pronto tu serenidad? ¿Qué tenemos?

—Tú lo quieres, respondió la gitana... pues bien, escucha. ¡Desgracia! ¡Desgracia! Tú amas y eres amado.

Hermosa joven, ten cuidado. ¿Qué sangre es esa que veo en las manos de tu amante?... Acuérdate del día veintitres...

—Gitana del infierno, gritó Renato, pálido y con acento colérico; tú eres la que ha de tener cuidado.

Una débil exclamacion de su amada le hizo volver la cabeza; pero cuando dirigió de nuevo la vista hacia el sitio en que se hallaba la hija de Egipto, esta habia desaparecido.

—Hé aquí lo que acontece cuando no se da oidos á la voz de la razon, murmuró Marta en tono doctoral.

—Basta, repuso Renato con altivez. Y vos, Maria, ¿por qué ese infundado terror? ¿No estais al lado de vuestro mejor amigo? ¿Qué temores pueden asaltaros, cuando mi amor os protege y os rodea? ¿No es

natural que un hombre dedicado á la carrera de las armas, que un caballero precisado á desenvainar la espada en servicio de su rey...

Una amarga carcajada le interrumpió.

Incomodado Renato volviase al punto hacia el insolente que así le contrariaba... Uno de los tres embozados se habia separado de sus compañeros y le miraba irónicamente. Sin atender mas que á su propia cólera, corrió Renato hacia él: el desconocido hizo al pronto ademán de esperarle; pero arrepentido sin duda se reunió con sus dos camaradas, y entrando en una callejuela solitaria desaparecieron en pocos minutos.

Renato se volvió pensativo hacia atras: parecia que aquellas facciones y aquella voz no le eran desconocidas, y cuando se acercó á Maria no pudo menos de sorprenderse, pues la encontró agarrada al brazo de Marta y sin poder apenas sostenerse, pues temblaba todo su cuerpo.

—Hoyamos, decia; es él, es el hombre negro. ¡Siempre! ¡Siempre!

—¿Qué sucede? preguntó Renato á la anciana.

—¡Ah! contestó el ama de gobierno: es nuestro mal genio; el hombre embozado que nos persigue en todos nuestros paseos.

—Vive Dios que le haré sentir la punta de mi espada.

—Mas sangre!... Vámonos de aquí; marchemos.

—Maria... niña adorada, sed razonable y tranquilizaos: vamos, aceptad mi brazo y os conduciré á casa de vuestro padre.

Volviéronse en efecto casi sin hablar. Maria estaba triste y pensativa, y Renato, á pesar suyo, no podia desear sus cavilaciones. Después de separarse de ella se dirigió á la mansion real, pensando en los diferentes sucesos de aquella noche. La gitana y el embozado asaltaban su imaginacion y se perdía en un laberinto de conjeturas. Caminaba cabizbajo, aunque sin mirar al suelo, cuando al atravesar un callejon sombrío tropezó su pié en una piedra. Semejante entonces al hombre que despierta sobresaltado en el momento crítico de una horrible pesadilla, se estremeció de pronto y levantó la cabeza. En vano buscaban sus ojos un recuerdo á su alrededor. Habia equivocado el camino y se encontraba en un sitio que le era enteramente desconocido. La noche habia llegado y no sabia qué ruta tomar en medio de un monton de ruinas, cuando oyó hablar; creyó reconocer la voz y se puso á escuchar con mucha atencion: al mismo tiempo caminaba muy despacio, con una mano en la empuñadura de la daga y dispuesto á lo que pudiese acontecer. De pronto sintió que el terreno se hundia bajo sus piés, y cayó rodando hasta el fondo de un vallecillo lleno de espesa yerba. Cuando se levantó, mas bien aturdido que lastimado, observó que brillaba una luz á través de una abertura practicada á poca altura del terreno; acercose á ella y la misma voz hirió sus oidos.

—Es él, murmuró, es el perseguidor de Maria.

Su mano apretó convulsivamente el puño de la daga, y ocultándose al abrigo de un lienzo de pared á fin de no verse sorprendido, se inclinó hacia la especie de subterráneo de donde salia la voz, y penetrando en el interior con sus miradas, pudo abarcar el conjunto de aquel retiro sombrío y misterioso. Era una estancia abovedada abierta en la roca, cuya entrada cerraban enormes fragmentos de piedra gris.

Cinco ó seis hombres con trajes negros y armados se hallaban alrededor de una fogata, cuyo rojizo resplandor comunicaba á sus facciones esas tintas estrañas que llaman la atencion en los cuadros de Rembrandt. Parecia como que deliberaban sobre algun negocio importante, cuando el de mas edad exclamó con acento retenido por la prudencia:

—¿Nada habeis oido?

Tres ó cuatro levantaron la cabeza, echando mano á sus armas, y todo volvió á quedar en silencio.

—¡Bah! repuso luego aquel en quien Renato conoció á su insolente agresor: es el ruido del viento que se impacienta entre estas ruinas. Hace un tiempo de condenados, una verdadera noche de brujas. Varios de ellos se santiguaron.

—Por Santiago, hablemos de otra cosa.

—Con que deciais, caballero La Fontaine...

Al oír este nombre redobló Renato la atencion, y vió que el círculo se estrechaba en torno del personaje interpelado.

—Decia que la ciudad y Valois son nuestros, y hé aquí cómo. Mr. de Mayenne va á los alcances de Turena con todos los suyos, por lo cual es preciso separar al fantasma coronado de sus favoritos y de sus estranjeros, y hacerle caer en una emboscada que yo mismo dirigiré: al mismo tiempo, y aprovechando la confusion que ocasionará el suceso, introduciremos los nuestros en la ciudad. Este es mi plan, cuya única dificultad consiste en atraer el zorro á la trampa.

—¿Y si la huele?

—Me encargo de que no lo haga, replicó un caballero, en quien reconoció uno de los Cuarenta y cinco.

—¡Traidor! murmuró con ira.

—Me hareis saber únicamente el sitio en que estén apostados los vuestros.

—Convenidos.



—Entre tanto, prosiguió La Fontaine dirigiéndose á un hombre grueso y dándole un golpecito en el hombro; nuestro amado y fiel bailio, al frente de los ciudadanos adictos á nuestra santa asociación, rechazará á los que guardan la Puerta Nueva, y una vez dueños de este punto, los míos y la vanguardia de Mayenna entrarán en la ciudad. Ahora falta el castillo.

—Eso queda á mi cargo, dijo otro de aquellos hombres; pues por un sendero oculto que conozco conduciré á mis valientes hasta muy cerca de las murallas; saldrán entonces los arqueros que las guardan, y os prometo no dejar uno con vida.

—Por mi parte, añadió un hombrecillo de fea catadura, me encaramaré á mi campanario de San Leonardo, y mucho han de dormir los habitantes de Tours si Juan no los despierta.

—Ea pues, al avio, y viva la Liga.

—Poco á poco, ¿qué hemos de hacer del rey?

—¡Vaya una pregunta! Lo que él ha hecho de nuestro gran...

Y al decir esto hizo La Fontaine una mueca.

—Nada de vias hostiles, observó un sándico con frialdad. Es el ungido del Señor, y no consentiré que nadie le toque.

—¡Cómo! ¡Al hereje, al condenado Valois, al adorador de los ídolos!...

—¿Con que es cierto?...

—¿Y no lo sabiais? exclamó La Fontaine furioso. Por eso se encierra tanto con sus favoritos y se le ve tan poco, para adorar una figura, una especie de monstruo de oro, plata y bronce, y cometer delante de él mil profanaciones abominables.

—¡Qué horror! gritaron á una los ciudadanos, mirándose unos á otros asustados.

—Además, añadió hábilmente La Fontaine, es aficionado á las procesiones, y podemos satisfacer con facilidad sus deseos. ¿Qué tal os parecerá el hermano Enrique de Valois en hábito de penitente.

—¡Viva! ¡Magnífico! contestaron los individuos mas timoratos de la reunion.

—El hábito le sienta muy bien, dijo uno, pues le vimos hace poco en las fiestas y juegos de Blois vestido de muger y con el pecho descubierto, como su hermana Margarita.

Esta ocurrencia ocasionó grandes carcajadas.

—¡Chito, caballeros! Haya prudencia, porque es tarde y hora de separarnos. Con que ¿se seguirá el plan concertado?

—Sí, sí; viva Mayenna y mueran los herejes.

—Y los traidores, dijo Renato entre dientes, retirándose á la sombra de un pilar.

Una especie de tumulto, ocasionado por la salida de los conjurados, se hizo oír entonces en el subterráneo. El fuego se fué apagando, y las voces de los de la Liga se perdieron con la distancia, volviendo todo al mayor silencio y oscuridad.

—¡Habrán tomado otro camino! murmuró Renato con rabioso acento; ¿Se sustraerá á mi venganza!

De pronto le advirtió su llegada el ruido de la yerba; pálido, respirando apenas bajo la influencia de las mas opuestas pasiones, Renato apretaba la empuñadura de su daga.

Una ráfaga de viento ahuyentó las nubes que ocultaban la luna, y á su débil resplandor se dibujaron dos sombras.

Los dos hombres hablaban en voz baja.

—Amarraremos á nuestro hombre, dijo uno de ellos; pero ¿y Maria?

—Esa me toca á mí, contestó el otro, que era La Fontaine.

—Será para los dos.

—No por cierto, la he elegido como mi parte de botín.

—¡Egoísta!

La hoja del puñal de Renato brilló fuera de la vaina.

En aquel momento cruzó por su mente como un relámpago el recuerdo de Guisa; parecióle que la sombra gigantesca del duque se enderezaba ante sus ojos; tembló de los pies á la cabeza, y un sudor frio cubrió todo su cuerpo.

—No, así no, murmuró envainando la daga; de día ha de ser y frente á frente.

Y La Fontaine pasó muy despacio delante de él sin sospechar el inminente peligro que acababa de correr.

Renato le siguió á lo lejos y se retiró á su alojamiento, pensando en los medios de hacer abortar la doble conjuración que acababa de sorprender, y dando gracias al cielo por la protección que dispensaba á su amada y á su rey.

(Continuado.)

LOS ZAPATOS DE LA INFANTA.

CUENTO.

I.

Erase un rey de no sé qué país que tenía una hija única.

Viudo, y sin mas esperanza ni amor que ella, había circunscrito en su cuidado toda la suma de sus desvelos.

Vosotros, niños queridos, experimentais tambien estas inimitables dulzuras que solo puede producir el calor del arrimo de una madre tierna, ó la benéfica sombra del robusto árbol paterno; temed perderlas, porque con ellas huirán vuestras ilusiones: yo soy muy viejo ya, y si os fiais de mi experiencia, debéis provocarlas á fuerza de obediencia y amor, porque un día llegará, pobres niños, en que os abandonarán para siempre.

Orfelina era pues tan dichosa como vosotros: el rey llenaba con la ternura materna los deberes de su paternidad.

Orfelina á los diez y seis años, había llegado á ser un dechado de talento, como era una maravilla de hermosura; así es que los mas poderosos príncipes solicitaban su mano con afán.

Gozoso el padre con el brillante porvenir que esperaba á su hija, trataba en efecto de hacerla tomar estado, cuando un singular accidente vino á turbar su dicha con su propósito.

La infanta gastaba diariamente un par de zapatos. Pero lo singular era que nadie sabia de qué modo gastaba tanto calzado, puesto que cuando salia por el día, lo hacia en coche; y por la noche no podía traspasar los límites de palacio, cuyas puertas estaban cuidadosamente guardadas.

La reputacion de la infanta cobró con esto una fama poco conveniente, pues se hacian diferentes comentarios acerca de tan peregrino suceso, sin que el buen padre, á pesar de sus lágrimas y ruegos, pudiese recabar de su hija le confiase la causa de aquel.

El rey, queriendo distraer las ideas de los príncipes que habían mostrado tan ardientes deseos de obtener la mano de Orfelina, haciéndoles recobrar nueva emulacion, hizo publicar un bando en el que disponia que la mano de esta seria para aquel que llegase á penetrar el arcano de los zapatos; pero la mayor parte de los príncipes, ligeros en juzgar acerca de las apariencias, despreciaron el edicto, dando pruebas así de la debilidad de su pasion, y de que solo el amor propio les habia conducido antes á la rivalidad de sus deseos. Otros hubo, sin embargo, que concurrieron á examinar los pasos de la infanta; pero con el innoble fin de descorrer un velo que todos pensaban sepultaria en el oprobio á la noble y hermosa jóven; porque corria muy válida la idea de que por la noche burlaba la vigilancia de los guardias, y recorria disfrazada las calles de la capital entregada á los caprichos.

II.

Un pobre pastor que guardaba su rebaño en el rincón mas apartado del reino, supo por casualidad estos sucesos, y habiéndose revelado; en su alma un poderoso deseo de salvar desinteresadamente la reputacion de Orfelina de la maledicencia y desprecio de los príncipes estrájeros, se puso en camino para la corte, llegando en ocho días bajo las altas ventanas de la cámara en que moraba.

El pastor, bello y apuesto mancebo, llamado Alibar, comenzó por tañer su pífano, ganoso de atraer las miradas de la princesa: las notas que habia producido eran tan suaves, tan armónicas, tan simpáti-



cas, que no pudieron menos de atraer una lindísima mano, desde el interior de la estancia, á separar la cortina que celaba su hueco. Allí

bar vió esta mano, blanca como apretada nieve, perfecta como una mano de Fidas, y sintió en el alma todo el encanto de un premio superior á su talento músico.

Mas trató en vano de ver el cuerpo, y mucho menos la faz de la muger cuya mano habia aparecido, pues se ocultaba de intento entre los pliegues de la celosa cortina.

Alibar no desmayó por eso, y al dia siguiente volvió á la misma hora á tañer su pifano. La mano volvió á aparecer, desprendiéndose de entre sus dedos un papel de que Alibar corrió á apoderarse.

Venid, decía, venid dentro de tres dias al anochecer.

Alibar, loco de alegría, pasó en ilusiones aquellos tres dias de plazo: cuántas veces, creyendo que se eternizaban las horas, creyó morir de deseo de que espirasen.

Pero está escrito que todo llega en el mundo; y el anochecer de los tres dias llegó tambien.

Alibar corrió al punto de la cita, y las notas del pifano salieron aquella vez del pastoril instrumento mas dulces y armónicas, mas seductoras y espresivas que nunca...

La mano apareció... Mas por qué Alibar se siente fascinado de repente, como si los rayos del sol hirieran sus ojos en toda su esplendorosa fuerza?

La mano habia sido la precursora del cuerpo y de la faz celestial de Orfelina: Alibar creyó morir de admiración á su vista. Orfelina era pues hermosa; en vano los poetas habian tratado de bosquejar sus gracias, pues sus mas atrevidas hipérboles y figuras poéticas, no habian logrado tomar un átomo de la verdad divina del original.

La infanta puso sobre los labios el dedo indice, como para demandar silencio, y dejando caer á los piés del dichoso pastor una banda de color de púrpura, bordada y con flecos de oro, desapareció entre la fatal cortina.



Alibar corrió á detener la banda en el aire, y á esconderla en su pecho. Un nuevo papel se habia desprendido de sus pliegues conteniendo estas palabras.

Decid al rey mi padre que deseais descubrir el arcano del calzado de Orfelina: tened confianza, que no por ser pastor dejais de tener un corazón que vale como el de un príncipe.

III.

No hallamos palabras con que encarecer el entusiasmo con que Alibar se presentó al dia siguiente á las puertas de palacio, solicitando una audiencia del monarca. Su fuego empero hubo de sufrir contrariedades dolorosas, en la frialdad con que le recibieron los lacayos y los guardias, pues hay criados que siguiendo el espíritu inhumano de sus amos, arrojan lejos de las puertas á cuantos se presentan con el traje

de la modesta pobreza que desprecian, sin acordarse de que han salido de su seno.

Sin embargo, la seguridad con que se presentaba á sacar de dudas al rey, acerca de la verdad ó causa del extraordinario gasto de calzado de su hija, atrajo la consideración de un oficial, que le condujo á la presencia del soberano.

Era este en extremo bondadoso, si bien no pudiendo resistir á los impulsos de duda que le inspiró la presencia del jóven, le dijo:

—¡Veo que eres valiente, y mas que valiente temerario!... ¿será posible que presumas tú, pobre é imberbe ignorante, descubrir un arcano que ni los sabios mas eminentes de mi reino han podido concebir? Vuelve en tí... que sin duda has olvidado que va la vida á aquel que no logra probar, después de habérmelo ofrecido, el acierto del secreto que tiene á mi estado sumido en un mar de dudas.

Señor, contestó Alibar con timidez, si bien con firmeza: yo seré mas afortunado.

—¿Cómo!... replicó el monarca: ¿nada te dicen las cabezas decapitadas de tantos que llevados de la ambición de lograr la mano de Orfelina han pretendido en vano descubrir ese arcano?

—No señor, nada me dicen esas cabezas: yo tengo la mia segura sobre los hombros, y poder bastante para descorrer ese velo tupido é inmóvil para los demás.

—Está bien: ¿qué necesitas para lograr tu objeto?

—Llegar á los piés de la infanta, y que se me preste obediencia por un dia y una noche.

IV.

Alibar llegó en efecto al aposento de la infanta, con la cual quedó á solas; Orfelina manifestó no notar siquiera la presencia de Alibar, y este, lleno de timidez respetuosa, no osó desplegar los labios, ni aun sentarse.

El dia pasó de este modo; pero llegó la noche, y con ella sus altas horas, en que las puertas de palacio y hasta las de las cámaras quedaron ahorradas ó guardadas por numerosos centinelas.

Orfelina que habia pasado sola á su tocador, salió á poco vestida con un traje negro de amazona, que hubiera podido tomarse como modelo para tiempos posteriores, y con un gracioso sombrerito de plumas á la cabeza y un ligero junco en la mano.



La amazona salió al aposento en que se hallaba Alibar, estupefacto porque conocía que el momento critico se acercaba.

Orfelina, dirigiéndose á Alibar por vez primera, le dijo:

—Envuélvete en uno de esos albornoces que estan colgados, y échame el otro sobre los hombros.

Obedeció Alibar, rápido como el pensamiento, y dispuestos ambos de este modo, la princesa dijo:

—Sígueme.

Orfelina toca ligeramente la puerta con el junco, y... cosa extraordinaria!... la puerta se abre de par en par y por sí sola, sin el menor ruido: podría decirse que giraba sobre goznes de aire.

Por este medio mágico atraviesa Orfelina, seguida de Alibar, todas las antecámaras y galerías de palacio; los guardias que permanecen alerta, no dan la menor señal de extrañar el paso de Orfelina: las puertas siguen franqueándose al tacto del débil junco, y por último, Orfelina, á quien Alibar no abandona un momento, se halla fuera del postigo principal, y al aire libre.

Orfelina y Alibar, á quien los albornoces hacían invisibles, burlaron enteramente la vigilancia de los guardas, que mayormente aquella noche les había sido recomendada por el rey, á causa de la promesa de Alibar.

Una vez en las calles de la ciudad, párase Orfelina, y toca con la vara mágica una misteriosa puerta. Franquéase esta al punto. Un enano conduce á los reciénvenidos á un gabinete incalificable por sus raros adornos, y por su extraordinario contraste de riqueza y de mal gusto.

Un arca abierta yacía en el suelo: allí se veía profusión de calzado de todos géneros; y Orfelina dijo á su acompañante:

—Preciso será que cambies de calzado: el que llevas, ni es útil, ni es suficiente para la larga peregrinación á que quiero conducirte.

Alibar no dejó que le fuera repetida la orden, y cambió su calzado.

¿Qué es lo que entonces pasaba en sus pies? ¡Cosa extraordinaria!...

Ellos parecían impulsarle á marchar; y en vano se esforzaba á sostenerlos quietos sobre el pavimento.

Abrese al fin la puerta, por el enano misterioso, y al salir siente Alibar que un vértigo domina sus piernas, que un irresistible afán de andar mucho es el único deseo que le anima; y con una persuasión íntima de que en vano hubiera sido ahorrarle, pues consideraba que la fuerza impulsiva de sus pies hubiera bastado para hacer pedazos las mas rudas cadenas.

Rápidos como el pensamiento marchaban pues la infanta y el pastor por veredas y caminos intransitables.

De pronto unos dolorosos quejidos paran á los caminantes, y sus ojos se fijan en un punto que hace visible la luna. En este punto Orfelina y Alibar descubren un grupo formado por dos hombres, de los cuales el uno llevaba al otro en brazos, al parecer exánime.

(Continuará.)



DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO V.

LOS AMANTES.

En muy cortos momentos atravesó D. Ramiro el jardín, y la hermosa hija del alcalde distinguió entre las sombras de la tempestuosa noche un bulto que se adelantaba con prodigiosa rapidez.

—D. Ramiro? murmuró Doña Flor con ese temor que acompaña á la incertidumbre.

—Doña Flor? repuso EL CABALLERO, apartando el embozo que había traído oculta su faz.

Beatriz era una dueña muy discreta, y se retiró algunos pasos para prevenir toda sorpresa.

—Gracias doy al cielo, señora, porque acaba de concederme lo que tanto tiempo he deseado, dijo D. Ramiro, llevando á sus labios la mano que le había tendido Doña Flor.

—Lo habeis querido así, D. Ramiro, y he condescendido á vuestro ruego; pero ahora mismo estoy temblando, estoy temiendo por vuestra vida, y este temor disminuye mi felicidad, dijo Doña Flor sobrecogida.

—Desechad, señora, esos vanos temores, que no tienen á la verdad

ni el mas ligero fundamento. He llegado hasta aquí sin correr ningún peligro, y estoy seguro de que volveré del mismo modo. Tengo buena estrella, señora; tan buena, que moros y cristianos me apellidan el Invencible.

—D. Ramiro, las estrellas mas refulgentes se eclipsan en esta ciudad.

—Dejemos, señora, á un lado las desgracias y los pronósticos, y ocupémonos únicamente de nuestro amor.

—Algunos dias dudo de la existencia de ese amor, dijo la joven tristemente.

—¿Dudas, señora, de mi amor? preguntó D. Ramiro con ansiedad.

—Cuando considero que habeis rehusado todas las ofertas de mi padre, que habeis rechazado su amistad, que no habeis querido pisar ni una sola vez los regios salones de este alcázar, dudo de vuestro amor, aunque esta duda me atormenta.

—Duda, señora, de cuanto existe, pero no dudas de mi amor.

—Y como sino fuera bastante cuanto acabo de recordaros, en vez de procurar ganar la amistad de mi padre, siendo el mas firme apoyo de la parcialidad que lo sostiene, os habeis constituido jefe de los amigos de D. Juan Alonso de Guzman.

—Y para llegar á cualquiera de ellos tendrán que pisar mi cadáver.

—¡Oh D. Ramiro! tú no sabes cuántos remordimientos me causa la idea de amar al mas encarnizado enemigo de mi padre y de su autoridad. En medio de mis mas agradables ensueños, creo oír ruido de espadas que se chocan, y unas veces la vuestra se hunde en el pecho de mi padre, y otras la de mi padre traspasa vuestro corazón.

—Podrá suceder lo segundo, pero lo primero jamás, dijo D. Ramiro tristemente.

—Abandona, D. Ramiro, el bando del conde de Niebla, para que no pueda realizarse esa horrible posibilidad.

—Imposible, señora, imposible. Me encadena una obligación.

—¿Quién sois? preguntó Doña Flor, queriendo conocer de este modo la obligación de EL CABALLERO.

—¿Queréis saber quién soy, señora? preguntó D. Ramiro á su vez con acento de amargura.

—Perdonad, D. Ramiro, hasta ahora he respetado vuestro secreto, ese secreto que alarma á toda la ciudad, y no he necesitado saber vuestro apellido para amaros con toda mi alma; pero acabais de hablarme de una obligación que os constituye el competidor de mi padre, é involuntariamente os he dirigido una pregunta á que podeis contestar ó no.

D. Ramiro se pasó la mano por la frente, ahogó un suspiro, y dijo con acento firme:

—Si el primer día me hubierais dirigido la pregunta que acabais de hacerme, os hubiera contestado con la misma franqueza que me propongo hacerlo ahora. No sé mi apellido, y por lo tanto no puedo decirlo, señora; pero os diré todo cuanto sé de mí, de mi juventud y de mi infancia. He vivido alternativamente en Niebla, Medina y otros lugares pertenecientes á D. Juan Alonso de Guzman. La muger de un escudero del conde de Niebla cuidó de mi niñez, el escudero de mi educación militar, un sacerdote de mi educación religiosa y de mi instrucción. El mismo conde se entretenía muchas veces en darme lecciones de equitación y de esgrima, y á su lado corrí los primeros peligros de la guerra; á su lado recibí también mi bautismo de sangre, señora. He respetado á D. Juan Alonso como á mi padre y mi señor; nunca le he preguntado por mi origen, nunca me ha dicho una palabra que con él tenga relación. Cuando he preguntado á mi nodriza por mis padres, me ha contestado que no los conocía; cuando he preguntado al sacerdote, me ha dado la misma respuesta; cuando he preguntado al escudero, me ha dicho que corría por mis venas la mejor sangre de Castilla. Le he repetido mis preguntas, pero solo he conseguido saber que mi madre murió cuando yo vine al mundo: el nombre, la existencia ó la muerte de mi padre, son dos arcanos que no he podido penetrar. Fuera de esta duda, que algunas veces me atormenta, nada tengo que envidiar, señora. He montado siempre los mejores caballos que cria la famosa loma de Ubeda; he manejado las armas y armaduras mejor templadas y mas ricas; he vestido trajes verdaderamente suntuosos, y he tenido á mi disposición cuanto oro podían desear mis necesidades ó mis caprichos. El día antes de marcharse el conde á la corte, nos encontrábamos en Niebla, me llamó á su cámara y dijo las siguientes palabras: «Ramiro, tú sabes que D. Pedro Ponce de Leon y yo lidiamos en Sevilla como encarnizados enemigos; el origen de este odio implacable es un secreto entre los dos, que ni él ni yo revelaremos; necesito tener en Sevilla un hombre resuelto y prudente; ese hombre será tú, Ramiro. Todos mis parciales, y aun mis deudos te respetarán como á mi propio; fio en tu prudencia y en que seguirás los sanos consejos del escudero que te ha criado. Si Ponce de Leon sale contra moros, síguelo con todos los míos, y pelea bajo su enseña como has peleado bajo la mía. Si en el campo ó en la ciudad ves alguna vez en peligro la vida del señor de Marchena, defiéndela como la tuya propia, y no cruces tu espada con la suya por ninguna causa, D. Ramiro.» He referido las palabras que me dijo el conde de Niebla; vine á Sevilla y he seguido sus órdenes y sus consejos. Ya sabeis, señora, cuanto yo sé de mi origen y de mi vida.

—Nada hay en ella que no sea digno del mas cumplido caballero, repuso Doña Flor.

—Hay una página en blanco que no me ha inquietado mucho en largos años, pero que me inquieta horriblemente desde que os conozco, señora.

—¿Esa página?...

—Es en la que debían estar escritos los nombres de mis ascendientes.

—¿Nombres ilustres?

—Así me lo ha jurado cien veces el viejo escudero, Doña Flor.

—¿Y por qué ocultaros esos nombres?

—Señora, no solamente quiero deciros lo que sé, sino tambien lo que imagino. Estoy persuadido de que soy hijo natural ó bastardo de D. Juan Alonso de Guzman.

—¿Os ha manifestado el conde un cariño verdaderamente paternal?

—No lo sé, porque nunca he podido adivinar hasta dónde llega el cariño de un padre; pero el conde me ha manifestado siempre una particular estimación.

Doña Flor se quedó profundamente pensativa, D. Ramiro siguió su ejemplo, pero reanimándose de improviso, añadió:

—En las pocas conversaciones que hemos tenido, en los billetes que hemos cambiado, solo hemos sabido decirnos que nos amábamos, y estaríamos con nuestro amor; pero esta noche hemos tocado un asunto sumamente serio, un asunto que nos ha entristecido, y es preciso que lo discutamos en sus mas remotas consecuencias.

—D. Ramiro, murmuró la jóven temiendo seguir la conversacion empeñada.

—Bien sé que vamos caminando al borde de un profundo abismo; pero hemos adelantado tanto, que es imposible retroceder.

Doña Flor guardó triste silencio; EL CABALLERO prosiguió:

—Estoy muy seguro de que el jefe de una de las mas ilustres familias de Andalucía no concederá la mano de su hija á un hombre que no tiene apellido, que no puede mostrar blason.

—Basta, murmuró Doña Flor.

—No basta, señora, no basta: y es necesario que os digneis escuchar algunos momentos. Aunque yo fuera el heredero del ilustre conde de Niebla, tampoco daría el señor de Marchena la mano de su hija al heredero de su encarnizado enemigo: ¡la hija del señor de Marchena amará al hombre sin apellido y sin blason, lo bastante para huir con él, si es necesario, y darle su mano de esposa?

Don Ramiro pronunció sus últimas palabras con mal encubierta emoción; Doña Flor guardó triste silencio; EL CABALLERO prosiguió:

—No extraño, señora, un silencio que me parece natural, que basta cierto punto esperaba, porque sacrificarais demasiado, sacrificarais lo que no me atrevo á exigir.

—Don Ramiro, repuso Doña Flor, jamás huiré del hogar paterno, porque en no hacerlo está interesado mi honor, mi cariño y mi respeto filial tambien; pero os juro ante Dios, y por la memoria de mi madre, que bien continúeis rodeado del misterio que hasta ahora os encubre, bien descubrais un apellido noble ó plebeyo, bien adquirais la certidumbre de que sois bastardo, no perteneceré á otro hombre si no puedo perteneceros.

—¿Señora, señora! gritó Beatriz acercándose despavorida.

—¿Qué ocurre? preguntó D. Ramiro.

—Hacia aquí vienen varios criados, con antorchas los unos, y los otros con espadas desnudas.

—¿Huid, D. Ramiro! exclamó Doña Flor temblando.

EL CABALLERO puso la diestra sobre la empuñadura de su espada, pero comprendiendo al instante que su resistencia comprometería á Doña Flor, dijo:

—El cielo os guarde, señora; y se perdió entre las sombras del jardín.

Un momento después se presentó D. Enrique Colmenares, precedido de varios criados con antorchas, y rodeado de otros que blandían agudas espadas. Doña Flor y Beatriz se apartaron á un extremo del cenador, y aunque esta precaución no las hubiera librado de ser vistas, quiso su buena suerte que instantáneamente se oyera ruido de armas en la puertecilla del jardín, por donde había entrado D. Ramiro; y al percibirlo Colmenares, corrió hacia ella con todos los suyos, dando lugar á Doña Flor y Beatriz de ganar sin ser vistas el interior del soberbio alcázar.

Antes de llegar D. Enrique á la puertecilla, oyó gemidos, y poco después la caída de un cuerpo al río. Cuando pisó el derruido muelle encontró por tierra á dos ó tres de sus criados, y los restantes le aseguraron que el hombre que había salido del jardín, había caído al agua; no podían decir si vivo ó muerto.

CAPITULO VI.

EL SEÑOR PERALTA.

Peralta, que era hombre de poca paciencia, se desesperaba á su sabor en la cámara de D. Ramiro. Varias veces había preguntado á Hernando, así se llamaba el anciano que lo había llevado hasta allí, en dónde podría encontrar á EL CABALLERO; pero Hernando se obstinaba en asegurar que no lo sabía, y Peralta no tuvo otro remedio que esperar durante una hora. Al cabo de ella oyó resonar el aldabon que él mismo había agitado antes; poco después sintió pasos en la escalera y en los pasillos, pero los pasos se fueron alejando, y Peralta volvió á su febril impaciencia.

Trascurrieron ocho ó diez minutos: se abrió una puerta que de la cámara en que se hallaban Hernando y su huésped daba paso á las habitaciones interiores, y se presentó D. Ramiro vestido con distinto traje que el que había vestido toda la noche.

—Dios guarde al señor Alfonso de Peralta, dijo D. Ramiro adelantándose.

—Guarde Dios á EL CABALLERO, respondió Peralta tendiendo la mano á D. Ramiro.

Hernando no esperó á que le mandaran despejar, y dejó la cámara después de inclinarse profundamente.

—¿Qué trae de bueno por acá el señor Alfonso de Peralta? preguntó D. Ramiro acercando un sitio al fuego y sentándose luego que lo hizo su huésped.

—Me trae un asunto sumamente grave y desagradable por demás, respondió Peralta con mal encubierto embarazo.

—Oro y hierro tengo, amigo mio; si necesitais de uno ú otro, disponed de mi bolsillo y de mi brazo.

—No se trata de mí, D. Ramiro: se trata de vos.
 —Hablad, Peralta.
 —Ya sabéis que estoy en el número de los amigos de D. Pedro Ponce de Leon.
 —Lo sé; pero no os profeso por ello una amistad menos sincera.
 —También debéis recordar, yo por lo menos lo recuerdo, que me salvasteis la vida, esponiendo la vuestra, en las llanuras de Carmona.
 —No hay soldado que no haya dispensado ese favor á otro camarada cien veces.
 —Pues bien, el amigo del señor de Marchena no cree hacer traicion á su causa anunciando á D. Ramiro que le amenaza un gran peligro personal.
 —No añadais, amigo Peralta, ni una palabra mas, porque después podríais tener remordimientos.
 —Los tendria si no cumpliera lo que me propuse cuando me dirigí á esta casa. D. Ramiro, esta noche han intentado asesinar á D. Pedro Ponce de Leon.
 —Lo sé, repuso D. Ramiro con perfecta tranquilidad.
 —¿Pero no sabéis que os acusan de haber dispuesto este asesinato?
 —Es muy natural que así suceda. Soy el jefe reconocido de los parciales del conde de Niebla, y sospecharán de las gentes de nuestro bando.
 —¿Pero vos no habeis tenido parte en ello?
 —¿Os atreveis á preguntármelo? dijo D. Ramiro levantándose.
 —Perdonad que os haya dirigido una pregunta que os ha irritado con razon.
 —Quien duda de mí, Alfonso de Peralta, es mi mas irreconciliable enemigo.
 —Os pido de nuevo perdon, y ocupémonos de lo que importa. Os han calumniado, y ahora se proponen prenderos.
 —Ya lo han intentado inútilmente, y algunos han pagado con la vida su temeridad y su torpeza.
 —Volverán de nuevo á la carga, y creo que debéis ocultaros prudentemente.
 —¿Ocultarme? ¿Qué dirían los amigos del conde de Niebla si vieran en mí tal flaqueza? Esta noche lo mismo que ayer, mañana lo mismo que esta noche, cruzaré las calles y plazas de Sevilla con la frente erguida, y ¡ay! de quien pretenda humillarla.
 —D. Ramiro, conocéis muy bien mi posicion, y sabéis que solo debo hablar lo absolutamente preciso.
 —Ya os dije que podíais guardar completo silencio.
 —Razones muy graves me habian hecho venir á esta casa...
 —No lo dudo.
 —Y debéis seguir mis consejos.
 —Ya os he dicho que es imposible. Si me atacan en la calle y solo, me defenderé solo; si atacan mi casa, la defenderé con mis criados; si atacan al mas insignificante amigo del conde, me pondré al frente de todos sus parciales y rechazaré la fuerza con la fuerza y el acero con el acero.
 —Ya os he dicho cuanto podia decir; obrad, D. Ramiro, en consecuencia.
 —Os doy gracias, señor Alfonso de Peralta; y ya sabéis mi resolucion.
 —¿Puedo servirlos en algo que no sea llevar las armas contra mis amigos?
 —Os doy las gracias segunda vez; y tan solo deseo servirlos.
 Peralta se dispuso á salir; pero D. Ramiro lo detuvo, diciendole:
 —Amigo Peralta, quisiera pedirlos un favor.
 —Ya os he dicho que podeis mandarme, repuso Peralta deteniéndose.
 —El favor que voy á pedirlos no cederá en daño de D. Pedro Ponce de Leon, y puede ceder en su provecho.
 —Estoy dispuesto á obedeceros.
 —Os voy á hacer este encargo, porque no sé si podré disponer de la noche.
 —Es mas que probable que no.
 —Si tengo tiempo nos encontraremos en la empresa.
 —Muy bien.
 —¿Conoceis á un barquero llamado Fortun?
 —Lo conozco.
 —Ese barquero vive en una barraca...
 —Sé cuál es.
 —Es preciso que vayais ahora mismo á la barraca del barquero.
 —Corriente.
 —Os encontrareis con él á solas.
 —Así lo haré.
 —Y lo obligareis á que os entregue un pergamino que le dieron esta misma noche en la plaza de la catedral.
 —¿Y si se niega?

—Podeis matarlo sin escrúpulo de conciencia.
 —Convenido. ¿Pero cómo conoceré yo que no me cambia el pergamino?
 —Leyéndolo.
 —¿Qué debo encontrar escrito?
 —Una orden para asesinar á D. Pedro Ponce de Leon.
 —¿Sabéis quién la firma?
 —No por cierto; pero encontrareis una firma al pié de la orden consabida.
 —¿Teneis algo mas que mandarme?
 —Una palabra, señor Alfonso de Peralta.
 —Hablad.
 —¿Me empeñais vuestra palabra de caballero de tener á mi disposicion la orden aunque la firme el mismo almirante de Castilla?
 —Pondré la orden en vuestras manos, aunque la firme el almirante.
 —Actividad y buena fortuna.
 —En fuerza de la primera, espero tener la segunda.
 Peralta intentó marcharse de nuevo, pero D. Ramiro lo detuvo diciendole:
 —Tengo que haceros una advertencia.
 —Ya la espero.
 —Cuando Fortun se niegue á entregáros el pergamino, y podeis estar muy seguro de que se negará, apoyad vuestra mano sobre la parte superior de su brazo derecho, hasta que toqueis un vendaje. Apretad luego la parte vendada sin piedad, y estad persuadido de que esta presion le hará un poco mas condescendiente.
 —Acabais de hacerme una advertencia sumamente útil, y voy viendo claro en el asunto.
 —Tened cuidado, señor Alfonso de Peralta, de que Fortun no lleve su mano izquierda al mango del puñal; porque podria daros, en vez del pergamino, una puñalada.
 —Esta advertencia vale casi tanto como la anterior, y no la olvidaré tampoco. ¿Teneis algo mas que mandarme?
 —Os doy las gracias por el favor que vais á prestarme.
 —Pensad un poco en los consejos que os he dado.
 Los caballeros se despidieron, y Peralta tomó el camino que acababa de traer D. Ramiro. Ó Peralta se habia hecho mejor cristiano en poco tiempo, ó tenia escrúpulos de conciencia; lo cierto es que al pasar por frente de la iglesia se quitó el sombrero y santiguó, ceremonia que habia olvidado cuando vino en busca de su amigo. En cuanto á D. Ramiro, y volviendo un poco atrás, no necesitamos decir, porque lo habrán adivinado nuestros lectores, que después de acuchillar á los criados de Colmenares, se arrojó al río, lo cruzó á nado, y completamente mojado, llegó á su casa y cambió de traje; por lo cual pasaron algunos minutos desde que Peralta oyó pasos hasta que se presentó EL CABALLERO.

(Continuará)

JUAN DE ARIZA.

Se cree que el arte de hacer calceta no se inventó hasta el reinado de Francisco I de Francia. Su hijo Enrique II se presentó en la boda de su hija con las primeras medias de seda que se vieron en aquel país. El autor, sin embargo, de los telares de medias, es desconocido. Los franceses pretenden que tambien esta gloria industrial les pertenece, y que aquel existia en el reinado de Luis XIV, á quien fueron presentadas las primeras medias que fabricó. A propósito de esto, hay quien cuenta que los boneteros de Paris, temiendo el perjuicio que esta invencion podia acarrear á su comercio, sobornaron á una ayuda de cámara, quien antes de presentar las medias al rey les cortó algunas mallas. Rompiéronse y fuéronse en carreras por consiguiente las medias la primera vez que el rey se las puso, y el inventor perdió el premio que merecia. Despechado pasó á Inglaterra y organizó en aquel país el primer telar de medias. Los ingleses sacaban tan gran partido de esos telares, que prohibieron, bajo pena de muerte, su exportacion de la isla. Un francés, sin embargo, llamado Juan Hindies, llevó de Inglaterra á Francia en 1636 un telar, que sirvió de modelo para la primera fábrica que en aquel país se estableció. ¿Pero quién trajo esta útil invencion á España y en qué tiempo? Aquí no nos cuidamos mucho de investigaciones arqueológicas: el hecho es que las trajeron, y que las gastamos. ¿Para qué queremos saber mas?

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRESA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.